

CLASICOS COLOMBIANOS

LIRA EN TONO MENOR

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Fina, elegante, aquilatada es la poesía de Víctor M. Londoño.

Sin turbonadas de pasión ni atuendos verbales. Sin patetismo ni retórica.

Limpia de énfasis y de grito. Tersamente trabajada.

* * *

Cuando las estridencias románticas empiezan a amortiguarse en Colombia, cuando los poetas de *La Lira Nueva* ensayan un nuevo canto, cuando Silva ha compuesto ya sus poemas fundamentales, templa las cuerdas de su lira —en discreto tono menor— Víctor M. Londoño: 1894. Su primera obra, el bien logrado soneto *El último centauro*, lleva la data de ese año. Desde entonces, hasta los primeros años del presente siglo, los diarios y revistas de Bogotá fueron dando a conocer las producciones de este exquisito y atildado lírico a quien en los círculos letrados de la época se miró investido con los atributos de un maestro.

Contemporáneamente con sus poesías, fue publicando Londoño una serie de escritos, en ágil y bella prosa, comentarios críticos informativos en donde presentaba al público las obras y los nombres más representativos de las últimas tendencias literarias.

* * *

Un maestro, ciertamente. Por el equilibrio de sus dotes artísticas, su ejemplar postura literaria, lo depurado de su creación poética.

Segura antena de su tiempo, en su parvo haz de poemas recogió múltiples de los aspectos esenciales del movimiento modernista americano, del cual fue uno, aunque en modesto sitio, de sus más auténticos apóstoles.

De esta suerte, al reflejar en su breve obra característicos aspectos de la poesía de su tiempo, no vino a hacer otra que, ilustrar muy rele-

vantemente, la lección contenida en el soneto *El colibrí* cuando, al sintetizar en el terceto final los atributos de la avecilla loada, canta:

*Tal el poeta en su girar de abeja:
en frágil haz de refulgentes galas
toda la luz de la creación refleja.*

Parnaso, simbolismo, delgados soplos románticos. Temas clásicos, del Oriente, nativos y serenas efusiones de suave sentimiento.

Reminiscencias del mundo helénico, a través de la apremiante versión francesa de época. El Centauro, de tan brillante cuño modernista. La Sirena, en su enojado contorno de maravillas, glaucas ondas, diáfana espuma, arrecife de coral, nacaradas perlas, peces de azabache: limpio cuadro de ceñidas luces de indudable belleza parnasiana. El viejo Sátiro, desfalleciente de ansias, en la tarde armoniosa...

Del Oriente, le cautivan principalmente las evocaciones bíblicas: Salem, el lírico rey Salomón y la Sulamita, el pesebre de Belén, las palmas pascuales, Jesús y el Tentador...

Luégo, el tributo a España: *A don Quijote*.

Pero todas esas seducciones foráneas, tan esenciales del modernismo americano, no le hacen olvidarse de los tópicos de la tierra nativa. Y *Tierra nativa* titula un poema en homenaje al campesino rincón de la infancia en "insana pasión" abandonado y cuyo recuerdo le persigue con insistencia. Y la exaltación, en dos hermosas elegías —Londoño es uno de los más felices elegíacos nuestros— del poeta de los *Nocturnos* y del idílico narrador de *María*.

Cantor de íntimos afectos, Londoño lo es de una manera cauta y temperada: *Visión matinal*, *Aniversario*, *Ambición*, *Primer Amor*, *Visión trágica*, *Paisaje ilusorio*...

Variedad de inspiraciones que hallan en sus traducciones —de Verlaine, Stephan George, C. Read, Heredia, Sully Prudhomme— una como prolongación, en ajenas voces, de la propia naturaleza lírica.